

paje.—A lo lejos, Noemí vió la delgada silueta de Ofelia destacándose en la penumbra del corredor...

XVII

Una hora después, la cantadora estaba aún en el mismo sitio. A los que al pasar junto á ella preguntábanle lo que allí hacía, ¡tan solal, respondíales:

—Nada... Tengo dolor de cabeza... Estoy huyendo del ruido y de la luz.

Mas no era cierto. Al colocarse en el corredor, junto á la puertecilla baja y oscura que daba acceso al vestibulo interior del concierto, hablalo hecho con la mira de ver un momento, sin testigos, á Eugenio y de obligarle á aceptar una cita.

«Cuando entre—díjose—le hablaré con franqueza». Y en seguida principió á pasearse sin cejar un punto en su resolución, sin atormentarse el cerebro con los mil proyectos de discursos que los enamorados preparan en análogas circunstancias, sin pensar en combinaciones, ni en artimañas.

Dieron las diez y media. Las bailarinas principiaron á bailar, como todas las noches, la larga pantomima bohemia cuyo éxito cada día más grande hacía que Roccario se inflara de vanidad como autor y de satisfacción como empresario. Todo era para él: los aplausos y el dinero. Por primera vez en su vida, pagó una quincena sin encolerizarse demasiado, diciendo apenas, cada vez que un artista se acercaba á la caja: «¡ustedes me arruinan!», y no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción al ver que jamás el negocio había sido tan floreciente.

Cinco minutos después, el querido de Luisa apareció en el umbral de la puerta.

—Una palabra—díjole Ofelia—oiga usted una palabra.

El chico, cegado momentáneamente en la penumbra del pasillo, que, para los que venían de la gran sala iluminada *á giorno*, resultaba sumido en una completa oscuridad, no reconoció de pronto á la mujer que á él se dirigía. Aproximóse, y al verla de cerca, no pudo menos de exclamar con asombro:

—¡Usted!...

—Sí... yo... Necesito decir á usted algo muy importante y le esperaba. ¿Le incomoda á usted?

—No; de ningún modo; al contrario; pero ¿quiere usted que hablemos aquí?

—Aquí pueden vernos. Mejor es que vaya usted á esperarme allá dentro...

—Con mucho gusto; ¿en dónde?

—En el almacén, al lado derecho, ya usted sabe... Yo llegaré dentro de un instante... Vaya usted en seguida...

Eugenio obedeció, sintiendo en el fondo del alma un inmenso goce al ver que sus deseos de aventuras se realizaban casi á su pesar, y que la mujer cuyo cuerpo dorado apareciera con frecuencia en sus ensueños, venía á él sin ser llamada. «Al fin y al cabo—dijose al encontrarse solo en el almacén de los accesorios teatrales,—cualquiera, en mi caso, haría lo mismo.» Los trapos amontonados en los rincones exhalaban un penetrante olor de humedad; y de las pelucas femeninas, de las cintas de las comparsas, de la infinidad de objetos íntimos que las coristas habían impregnado de sudor y de perfumes, desprendíase un vaho especialísimo.

Eugenio buscaba aun un asiento, cuando Ofelia llegó hasta él y le condujo hacia un extremo casi obscuro, á donde los rayos de la lámpara suspendida á la entrada no llegaban sino atenuados y moribundos; allí descorrió una cortina de terciopelo carmesí y le hizo sentarse á su lado, en un tálamo imperial hecho con cuatro cajones de pino cubiertos de papel de oro, y en cuya parte superior veíase una corona de cartón, sostenida por varios alambres en forma de heráldicos lambrequines.

—¡Eugenio!—murmuró la cantadora, tomando entre sus manos ardientes las manos temblorosas de su compañero.

El chico no se movió. Una emoción extraña hacialle incapaz de articular la más insignificante frase. No era que tuviese miedo, no; Luisa no podía sorprenderles en tal sitio; y además estaba ocupada. Tampoco era por timidez. Desde el día en que el cuerpo dorado había aparecido ante él sin cendales por vez primera, toda ingenuidad asustadiza fué desapareciendo de su espíritu á causa de las familiaridades de Ofelia. Era sencillamente por cierta nerviosidad natural que le obligaba á preferir, sin darse cuenta de ello, en todas las circunstancias de

la vida, el papel pasivo y casi femenino á la iniciativa y á la acción. Durante toda su existencia, en efecto, sólo un día buscó él mismo una aventura: al hacer la corte á Luisa, al seguirla por las calles mañana y tarde, al escribirla una carta, al darla una cita, en fin.

Ofelia repitió, acercándose á su vecino hasta rozarle la oreja con los labios:

—¡Eugenio!... ¡Eugenio!... Desde que usted vino á verme, hace una semana, no he dejado un solo instante de pensar en usted, y usted ha sido ingrato, pues no sólo no me ha buscado de nuevo, sino que ha hecho lo posible por no encontrarse á solas conmigo... Yo estoy loca por usted... verdaderamente loca... tan loca que, renunciando á las coquetérfas, le he llamado con objeto de decírselo... Ahora puede usted marcharse... Lo único que deseaba era que no ignorase usted lo que sufro... ¿No se va usted?...

El chico seguía inmóvil en su sitio, bajo la imperial corona de cartón, en la penumbra preñada de olores malsanos. ¿Marcharse? No. Ya que estaba allí, parecía ridículo irse sin obtener algo, un beso por lo menos y luego una promesa para más tarde.

La visión de las elegantes formas un día vistas y mil veces soñadas; la visión rubia, alta, elegante, surgió de pronto en el fondo misterioso del almacén.

—¿No se va usted?

Haciendo un esfuerzo, repuso:

—¿Ya?...

La cantadora le cogió entre los brazos como á un niño, y echándole la cabeza hacia atrás, besóle en los ojos y en el cuello, magullóle la boca con su boca, prendióse á él cual una sanguijuela, chupándole las mejillas, cebándose contra sus labios...

Eugenio permanecía inerte.

Ofelia se arrodilló ante él, le acarició las piernas, posó los labios sobre sus botas, y con manos crispadas por el deseo, desabrochóle todos los botones, hasta poder introducir el brazo por entre las vestiduras para acariciarle el pecho, la cintura, los muslos... Más que una mujer, parecía una fiera. Con la cabeza, bruscamente, haciendo un movimiento de toro enfurecido, derribóle sobre las tablas del lecho imperial, y sació en su cuerpo medio desnudo, con labios de ventosa, la sed de carne joven, de goces perversos, de lujuria devoradora, que desde hacía una semana la aguijoneaba. Al cabo de al-

gunos minutos, cuando el chico, enloquecido, quiso incorporarse, una mano de hierro le detuvo por el cuello sobre el tálamo y le obligó á aceptar por fuerza el placer, intenso como una llama y agudo como una corriente eléctrica, que los labios hambrientos de Ofelia le imponían.

XVIII

Al entrar una hora más tarde en el saloncillo, con los ojos rodeados de profundas ojeras negras y el cerebro vacío, Eugenio encontró la mesa central, que por lo común sólo soportaba el peso de unas cuantas ilustraciones teatrales, cubierta de copas en cuya superficie líquida hervían las áureas burbujas del champaña.

—Vienes muy tarde—dijole Luisa, ofreciéndole su copa aún intacta.

Un caballero calvo y seco, de rostro moreno y de afiladísima nariz, hablaba con Noemí que, por excepción, conservaba aún su vestido de paje, sus

ajustados pantalones blancos, sus medias de seda color de rosa, sus cabellos recogidos hasta la nuca, y que, vista de lejos, parecía un andrógina.

—¿Quién es ese caballero?—preguntó Rip Rip yendo á sentarse en el fondo.

Lorenzo le contestó con orgullo:

—Es el duque de Riosnegros, un grande de Portugal, senador en su tierra y millonario en todas partes.

—¡Ah!—exclamó el clown.

Y tomando una copa, sin que nadie se la ofreciera, dijo en voz alta:

—¡A la salud de su alteza y de su paje!

El duque se puso de pie y dió las gracias.

—¿No es Ofelia la que canta?—preguntó Rosalba creyendo oír la voz aguda de la artista.

—No—repuso alguien,—Ofelia está enferma.

—¡Pobrecita!—murmuraron varias personas á la vez.

Eugenio se sintió emocionado. ¿Sería verdad que estaba enferma? ¿Y de qué? ¿Por culpa suya acaso?...

Lorenzo principió á llenar de nuevo las copas y

á ofrecerlas á los circunstantes como para hacer ver que hasta cierto punto era él quien obsequiaba.

Rosalba llamó aparte á Luisa y á su amante para enseñarles dos botellas que tenía escondidas bajo la falda.

—Me las acabo de robar—dijo;—vengan ustedes á mi cuarto y nos las beberemos los tres solos... Pero traigan sus copas, porque yo no tengo más que un vaso.

Luisa se echó á reír y consultó á su amante con una mirada.

—Vamos—contestó Eugenio para quien el champaña, tomado en grandes cantidades, representaba el lujo de las bacanales.

Rip-Rip, que seguía con la vista sus movimientos desde lejos y que comprendió que se trataba de alguna broma chistosa, acercóse á ellos. Al saber el objeto del conciliábulo, invitóse á sí mismo con regocijo. Luisa no tomó sino una copa y el clown, por imitarla, fué también sobrio. Eugenio y Rosalba dieron fin de las botellas en menos de cinco minutos.

Al volver al saloncillo presenciaron un espec-

táculo que les hizo sonreír. El duque explicaba á Noemí cómo había conseguido ganar una batalla empeñadísima contra los republicanos:

—Yo estuve seis horas hablando, y si no hubiera sido por mí, todo se pierde, pues la lucha era terrible y en un momento dado los ministros llegaron á temer un desastre. Mis enemigos me cogían por las mangas para hacerme cejar.

Lorenzo preguntó:

—¿Entonces vuestra señoría estaba cerca de sus enemigos?

—¡Ya lo creo! Ellos estaban donde usted está, como si dijéramos, y yo aquí.

Un rumor de admiración celebró estas últimas palabras, pues los artistas creían que se trataba de una batalla verdadera, cuando, en realidad, el duque se refería únicamente á una lucha parlamentaria.

Noemí dijo á Luisa en el momento de despedirse:

—Este es el viejo de quien te he hablado. Es millonario y está loco por mí; mañana vengo en coche propio.

—¡Ojalá!

—Seguro, hija mía. Ahora mismo acaba de preguntarme si le permito que me acompañe hasta casa. Yo le he dicho que sí. ¿No te parece bien hecho?

—Sí; muy bien.

En realidad, lejos de parecerle bien, parecía muy mal. Como todas las sensitivas enamoradas, Luisa creía que una mujer no tiene derecho a venderse sino en casos muy graves y sólo para no morir de hambre... Pero su amiga no estaba en esas circunstancias, sino que, por el contrario, casi era rica con sus ochenta duros de renta y los ciento veinte que en el concierto ganaba. ¡Mil pesetas al mes!... ¿Qué más quería?

TERCERA PARTE

I

Hacia más de un mes que Ofelia y Eugenio se veían casi todas las noches en el almacén de Maravillas, bajo la corona de cartón dorado del gran lecho imperial. El chico llegaba a las diez en punto y, escondiéndose por los pasillos llenos de antiguas decoraciones, dirigíase hacia el almacén, cuya llave llevaba siempre en el bolsillo en su calidad de secretario suplente del concierto.

Porque Eugenio tenía ya un empleo, que la cantadora le había conseguido. Era escribiente de Roccarío, con treinta duros de sueldo al mes, y trabajaba cuotidianamente, de las dos a las seis de la